



Revista Científica Guillermo de Ockham

ISSN: 1794-192X

investigaciones@ubscali.edu.co

Universidad de San Buenaventura

Colombia

Cifuentes Traslaviña, María Teresa

Reseña de "Neopentecostalismo y política. El caso colombiano" de Álvaro Cepeda Van Houten

Revista Científica Guillermo de Ockham, vol. 9, núm. 1, enero-junio, 2011, pp. 165-167

Universidad de San Buenaventura

Cali, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105322385012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## Neopentecostalismo y política. El caso colombiano

Autor: Álvaro Cepeda Van Houten

Editorial Bonaventuriana, Universidad de San Buenaventura, seccional Cali.

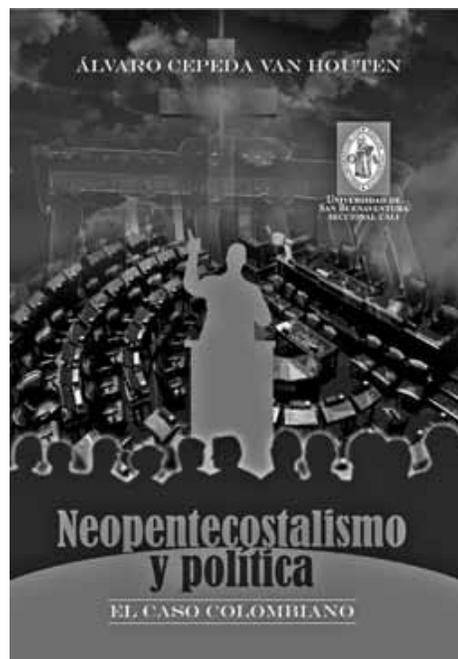
Año: 2010

Número de páginas: 171

Por: María Teresa Cifuentes Traslaviña

En Colombia, al igual que en América Latina, el mapa religioso fue modificado cuando a partir de la segunda década del siglo XX irrumpieron con fuerza grupos misioneros de diversas organizaciones denominadas pentecostales, que en la medida que se consolidaron le disputaron los creyentes a la Iglesia Católica y a las iglesias protestantes históricas de las cuales habían derivado. El avance en el número los fieles de dichas denominaciones, no sólo altera la hegemonía de la Iglesia Católica, sino que les permite hacer presencia en distintos espacios sociales, hasta terminar incursionando en la política. Es precisamente con ocasión de la Asamblea Nacional Constituyente, que da origen a la Constitución de 1991, cuando para sorpresa de muchos salieron elegidos como constituyentes varios de sus representantes. A partir de este momento es usual encontrar en los cuerpos colegiados y con diferentes niveles de éxito, representantes de denominaciones religiosas que han asumido la participación política como otro ejercicio de su “misión evangelizadora”.

A veinte años de la Constitución de 1991, el oportuno libro, *Neopentecostalismo y política. El caso colombiano*, de Álvaro Cepeda van Houten, muestra cómo la nueva Carta abrió espacios



a grupos sociales que antes estaban relegados o tenían que hacer ingentes esfuerzos para ser reconocidos como legítimos actores sociales y políticos. El estudio que nos presenta Cepeda evidencia que en materia religiosa la sociedad colombiana ha ido aceptando no sólo formalmente, sino culturalmente la pluralidad religiosa. Nos muestra el proceso de participación política de agrupaciones cristianas no católicas, los cambios que su concepción de lo social y lo político hicieron sus dirigentes, para legitimar su presencia en espacios que antes veían con suspicacia. “Cristianizar la política”, fue su consigna.

No es fácil, para quien no está iniciado en el tema, entender el complejo mundo de los conocidos popularmente como cristianos y lograr establecer diferencias entre las variadas corrientes y las múltiples y a veces sutiles diferencias entre un grupo y otro, a pesar de que Cepeda dedica un capítulo para hacerlos entendibles. En efecto, en el primer capítulo, “Génesis del protestantismo latinoamericano”, Cepeda con la caracterización del protestantismo en general, del protestantismo

histórico y evangelical y del movimiento pentecostal y carismático neopentecostal en particular, ubica al lector para comprender esta variedad de expresiones religiosas. En este sentido concluye que las diferencias entre estas organizaciones están mediadas por el grado de individuación o subjetivación que el creyente tiene frente a lo trascendente, en palabras del autor:

“(…) en el protestantismo histórico la gracia media de forma objetiva y se institucionaliza por una jerarquía que se legitima por tradición y sacramentos. Dentro del evangelicalismo la mediación de la gracia avanza hacia la subjetivación e individualización, determinada por la decisión consciente del individuo de convertirse a la fe cristiana y aceptar una vida en el Espíritu Santo. Por su parte, en el movimiento pentecostal, la gracia media de forma claramente subjetiva en el creyente y esta vivencia se identificada de forma objetiva con la glosolalia. Aunque la gracia se presenta en el individuo a través de la vivencia personal, la institución tiene el criterio objetivo de legitimarla. Por último, en el movimiento carismático la gracia se presenta en el individuo a través de una vivencia extática, sin que tenga que haber un criterio objetivo verificable por la institución” (29-30).

Una de las riquezas del libro consiste en el análisis que el autor hace del clientelismo y el sistema de partidos en Colombia. Muestra la evolución y cómo, de acuerdo con cambios de orden político y económico, las formas de clientelismo se ajustan y adoptan a las nuevas estrategias de acceder a los bienes estatales; como se evidencia actualmente cuando los dineros del Estado fluyen generosamente a la bolsa de los grandes contratistas.

El ejercicio de la política por parte de los grupos cristianos no católicos no escapa a la vieja práctica de clientelismo, sólo que presenta con un nuevo rostro. Es un clientelismo emocional de carácter urbano, cuyos bienes a dispensar no provienen del Estado sino del prestigio personal del líder religioso venido a político. Entonces qué ofrece este nuevo líder político? Cepeda demuestra que estos nuevos comerciantes del creer, con su carisma ofrecen: “(…) bienes sagrados de salvación y que cautivan a su clientela gracias al discurso religioso…” (47). El voto pasa de ser un derecho y un deber de participación ciudadana a ser una adhesión religiosa y de

alguna manera se ofrece como ofrenda al pastor-político-candidato.

Esta nueva forma de hacer política en vez de oxigenar y limpiar de vicios el ejercicio de la política colombiana, sólo constituye una nueva manera de enlazar las prácticas políticas en tanto que la presión de orden religioso limita sustancialmente la poca libertad que los ciudadanos tienen para ejercer de manera consciente su derecho al voto. Pero también es la demostración que la intencionalidad de algunos líderes-políticos-religiosos de purificar la política quedó solamente en enunciados y que rápidamente entraron, eso sí innovando, para volver atrás, reafirmando “(…) versiones premodernas del ejercicio del poder basada en la sumisión a las jerarquías religiosas y en la negación de la autonomía” (177) como nos lo señala de manera precisa el autor. Por otra parte, no es ajeno al interés de dicho líderes religiosos las pretensiones de orden personal y grupal en tanto buscan prerrogativas para sus organizaciones y un acomodamiento estructural al *statu quo*; es decir, se evidencia una aparente nueva organización política que se torna funcional a los dirigentes y se acomoda al modelo resquebrajado del ejercicio de la política en Colombia. En conclusión, para el autor las prácticas clientelistas, a pesar de nuevos actores políticos, se reproducen e impiden un verdadero ejercicio de la democracia:

“(…) las prácticas clientelistas, a pesar de los diferentes intentos que se han realizado para acabarlas, han logrado reproducirse de múltiples maneras, lo cual impide el desarrollo de una cultura política racional y va en contravía de los intereses de las mayorías y de la propia idea de crear una nación con un Estado fuerte. Por el contrario, en la actualidad, las políticas neoliberales, de disminución del Estado, y la forma de hacer política amenaza con impedir la creación de escenarios verdaderamente democráticos. Además, el clientelismo político contribuye a hacer de la política un espacio más de exclusión social y de concentración de capitales, puesto que el poder de negociación de los gremios económicos está atravesado por dichas prácticas” (54).

Lo anterior se refleja en el estudio que hace Cepeda de tres organizaciones político-religiosas, la Misión Carismática Internacional y el Partido Nacional Cristiano (PNC); la Cruzada Estudian-

til y Profesional de Colombia y el Compromiso Cívico Cristiano con la Comunidad (C4); y la Iglesia de Dios Ministerial de Jesucristo Internacional y el Movimiento Independiente de Renovación Absoluta (Mira); que constituyen los tres últimos capítulos del libro.

En la historia de cada uno de estos grupos y en la caracterizaciones no sólo de sus líderes sino de sus concepciones y prácticas religiosas, el autor muestra cómo los pastores-políticos legitiman la opción política acudiendo a un supuesto mandato divino que obviamente no puede ser cuestionado por los seguidores y que los presenta frente a los adherentes como revestidos de un mandato superior al que hay que obedecer y seguir.

Otro elemento para destacar en esta parte y que el autor analiza profundamente es cómo los dirigentes políticos-religiosos justifican el ascenso social, el crecimiento económico y político en la doctrina postmilenarista, propia de los mo-

vimientos neopentecostales, que se refleja en la prosperidad económica y en el poder terrenal. En esta parte, el autor señala de manera acertada que “(...) los neopentecostales persiguen las mismas metas de la sociedad de consumo haciéndose funcional para el sistema y oponiéndose a una transformación reformista o revolucionaria de las estructuras políticas” (178).

Por último, el libro de Álvaro Cepeda Van Houten, *Neopentecostalismo y Política. El caso Colombiano*, se constituye en un excelente aporte para el análisis y comprensión del intento de una aparente nueva forma de hacer política nacida entre los grupos de cristianos no católicos, en este caso los neopentecostales. El libro además de bien documentado, está agradablemente escrito de tal manera que atrapa al lector para dejar en él, entre otras ideas, que estas organizaciones políticas no son más que empresas familiares de carácter religioso-político donde el nepotismo está a la orden del día.